



# POR

**Partido Obrero Revolucionario**



Sección del Comité de Enlace  
por la Reconstrucción  
de la IV Internacional

**BRASIL:**

**23 de Octubre de 2018**

## **PROGRAMA Y POLÍTICA PROLETARIA DE COMBATE AL GOBIERNO DICTATORIAL**

Seis poderosas asociaciones empresariales fueron hasta Bolsonaro para hipotecar el apoyo a su gobierno. Ellas son: siderurgia (Instituto do Aço Brasil), máquinas y equipamientos (Abimaq), industria química (Abiquim), industria textil e confección (Abit), exportadores e importadores (Associação de Comércio Exterior do Brasil) y construcción (CBIC). Controlan el 30% del PIB industrial de Brasil.

Declararon que el gesto se debía al hecho de que Bolsonaro asumiera un programa económico más cercano al empresariado. Se pusieron a disposición del ya considerado ministro de Hacienda Paulo Guedes. Todo en nombre del crecimiento, de la vuelta de los empleos y de la integración de la juventud. No dejaron de anunciar también el "deseo" de que continúen las subastas del petróleo y avancen las privatizaciones. Como no podía dejar de ser, llevaron en el bolsillo la lista de reformas, que dan continuidad a aquellas aprobadas en el gobierno de Temer. Allí estaba la reforma previsional.

Estas asociaciones son sólo una parte de los grupos económicos que pasaron a defender abiertamente la candidatura de Bolsonaro. Por su peso en la economía, indica un giro casi general de la burguesía nacional en un movimiento contrario en torno al PT al poder. En la base del golpe de Estado, del impeachment de Dilma Rousseff. Sostuvieron la dictadura civil de Temer para que impusiera al país el plan antinacional y antipopular, que permitió la constitución del amplio frente partidista golpista. Ante el naufragio de la candidatura de Geraldo Alckmin, saltaron al lado bolsonarista. En la inminencia de la victoria del ultraderechista, las más poderosas fracciones de la burguesía rodean al posible vencedor, con el objetivo de influir en su gobierno. Estas asociaciones empresariales representan el amplio entrelazamiento entre el capital nacional y el capital extranjero (imperialista).

Mucho se ha discutido sobre los peligros de la instalación en el país de una dictadura de carácter fascizante. Ahora mismo, el Supremo Tribunal Federal se vio obligado a recurrir a la retórica de la defensa de la democracia, debido al hecho de que el diputado mejor votado, Eduardo Bolsonaro, lo acusó de golpista y amenazó con su cierre. Aunque la declaración del hijo del candidato a la presidencia de la República no ha pasado de un discurso pedante e inconsecuente, mostró hasta qué punto llegó la descomposición de la política burguesa. Las protestas de los llamados demócratas y de los propios jueces del STF, como se ve, no pasaron de una represalia verbal.

La caravana de las seis asociaciones se encargó de mostrar que lo fundamental está en que la burguesía se perfiló en torno al ultraderechista.

El movimiento fascizante encarnado por la candidatura de Bolsonaro se asienta en la clase media alta y en sectores medios de la burguesía. Las iglesias evangélicas, teniendo al frente la Universal de Dios, dieron expresión ideológica a esa capa social. La mayoría explotada, simplemente, fue arrastrada por esa ola a apoyar electoralmente el más reaccionario de todos los candidatos de la burguesía. Este fenómeno ocultó la principal fuerza que tira a la derecha, que es la burguesía, en particular, las fracciones del gran capital vinculadas al imperialismo. Las tendencias dictatoriales de la alta clase media, en realidad, son el reflejo del movimiento a la derecha de la gran burguesía nacional y del imperialismo. Se intensificó a partir de la crisis mundial abierta en 2008, y se proyectó con la elección de Donald Trump, en Estados Unidos.

Todo intento de considerar el bolsonarismo como un fenómeno en sí mismo esconde la principal fuerza social, que es el capital financiero, los monopolios industriales, agroindustriales y comerciales. El desplazamiento de las poderosas asociaciones empresariales para garantizar el futuro gobierno de Bolsonaro pone a la luz la fuente de las tendencias dictatoriales, militarizadoras, que condicionan la situación política. Para imponer al país y a las masas las directrices del gran capital nacional y del imperialismo, es preciso un gobierno que utilice el puño de hierro para disciplinar las propias fracciones de la burguesía, neutralizar a las capas empobrecidas de la clase media y contener las revueltas de la clase obrera y de la mayoría oprimida. Todo indica que Bolsonaro podrá dirigir un gobierno de tipo bonapartista. Gobierno que fortalezca al Estado-policía. El bonapartismo es la variante más probable, después del golpe de Estado y la conclusión de la transición de la dictadura civil de Temer. Ciertamente, tal gobierno cargará en sus entrañas las tendencias fascizantes.

Es necesario señalar que la derechización de la política burguesa en Brasil corresponde a lo que pasa en América Latina. Los gobiernos nacional-reformistas vienen sucumbiendo uno tras otro. Aquellos que quedan - Venezuela, Nicaragua y Bolivia - son débiles. Incapaces de responder a la crisis económica y al cerco del imperialismo, chocan abiertamente con las masas. No pueden proteger la gran propiedad de los medios de producción y los beneficios de los monopolios sin sacrificar la economía nacional y la vida de la población. Es lo que pasó también en Brasil con el gobierno del PT. No llegó al punto de confrontarse con las masas, a ejemplo de Venezuela y de Nicaragua, porque fue destituido por el golpe de Estado.

Es imprescindible entender el lugar del fracaso del nacional-reformismo en dirigir el capitalismo en descomposición ante las tendencias derechistas, bonapartistas y fascizantes de la burguesía. Su impotencia está en que no puede asumir plenamente el programa del gran capital y al mismo tiempo no tiene cómo combatirlo. Esta contradicción se manifiesta más acabadamente en las condiciones de crisis económica profunda, como la que llevó a Brasil a sumergirse en la recesión de 2016. Todo lo que el gobierno petista hizo, en nombre de la inclusión social, cayó en el precipicio de la destrucción de fuerzas productivas, de los despidos en masa y de la vuelta de las altas tasas de desempleo y subempleo.

En particular, Haddad no pudo exponer la médula del autoritarismo de la candidatura de Bolsonaro. Lo que le obligaría a atacarla frontalmente. El intento de diferenciarse en aspectos y grados del programa antinacional y antipopular de los bolsonaristas, dictado por el gran capital, representó adaptación y capitulación ante la línea general trazada por la burguesía desde el golpe de Estado. El ideario religioso, moralista pequeño-burgués y policial, así como la adopción de determinados intereses de grupos económicos (industria de armas, etc.), de hecho, no es más que epidermis del programa de reformas proimperialistas y de protección a las ganancias de las ganancias poderosas corporaciones financieras e industriales. Por más que sirva a la reacción insuflada por la alta clase media y medios capitalistas, lo fundamental está en dar continuidad a la directriz establecida por el capital financiero.

La candidatura petista sucumbió no sólo porque los explotados fueron arrastrados por las promesas moralistas y redentoras de Bolsonaro, sino, principalmente, porque fue incapaz de llamar a la clase obrera a contraponerse al programa antinacional y antipopular, concebido y presentado sin firmas por el economista Paulo Guedes. El PT mantuvo la CUT, MST, UNE y demás organizaciones de masa atadas en cuanto a la lucha de clases y volcados a la caza de votos. Sostiene su posición electoral en el apoyo de oligarcas regionales, especialmente del Nordeste, y en el manejo burocrático de los sindicatos y demás organizaciones que dirige. El programa alternativo petista no pasó de lugares comunes del reformismo, desgarrado por el golpe de Estado, y desmoralizado ante la mayoría oprimida. Sus concesiones y demás pasos a la derecha, en busca desesperada por apoyo electoral, fertilizan el terreno en que germinan las tendencias fascizantes. El apoyo al voto en Haddad, en esas circunstancias, crítico o acrítico, ayuda a desviar a las masas de la necesidad de enfrentamiento a las tendencias derechistas y represivas de la burguesía hacia las ilusiones electorales.

En el centro de la crisis nacional, está la deuda pública de R \$ 5,13 billones y una carga de intereses y amortizaciones que consumen la mayor parte del Presupuesto. El ajuste fiscal, las privatizaciones y la reforma previsional son necesarios, para atender los intereses del capital financiero y de los monopolios industriales y comerciales. Bolsonaro fue orientado a seguir ese dictamen de forma expresa, dejando atrás su pasado estatista. Haddad sólo bromeo con su reforma fiscal en favor de los más pobres y de la producción. No hizo sino mantener la línea de adaptación de los gobiernos del PT al capital parasitario. Los petistas nunca se dispusieron a atacar la deuda pública. No fueron ni siquiera capaces de poner en práctica la promesa de auditoría. Ocurre que las tendencias dictatoriales de la burguesía se gestaron y se potenciaron vinculadas a los intereses supremos del capital parasitario y de los monopolios.

Al desvincularse de la necesidad de un gobierno mano de hierro de las bases económicas, se oculta a la clase obrera y a los demás oprimidos la fuente del autoritarismo, del moralismo religioso y de las tendencias fascizantes. Al contrario, al mostrarla, se está obligado a contraponerse al programa de la burguesía para la crisis y a defender el programa proletario. Se obliga a organizar a las masas en el campo de independencia de clase y con los métodos de lucha del proletariado. Las reivindicaciones más sentidas de empleo y salario llevan al programa de expropiación revolucionaria de los monopolios y del capital financiero. La bandera de no pago de la deuda pública despertará a los explotados y la juventud hacia la conciencia del dominio imperialista y de la sumisión de la burguesía nacional. Es indispensable popularizar la estrategia de poder propio del proletariado, que se materializa en la lucha por un gobierno obrero y campesino. El vínculo entre la lucha antiimperialista y anticapitalista será observado y encarnado por las masas en combate al Estado burgués, al gobierno autoritario y a la dictadura de clase de la minoría explotadora sobre la mayoría explotada. Esa es la vía real de enfrentamiento a las tendencias militaristas y fascizantes, asumidas por la candidatura de Bolsonaro y apoyadas por el gran capital.

Los explotados saldrán muy divididos por la disputa interburguesa. Se pone la tarea de unificarlos contra el nuevo gobierno. No tardará mucho para sentir el peso de los ataques económicos y la saña represiva. El PT, aliados y la burocracia sindical se van a dedicar a la oposición parlamentaria. Mantendrán la política de conciliación de clases. Pero, también, luego, los explotados verán que están ante la necesidad de recurrir el camino de la acción directa. La vanguardia deberá explicar y defender la reanudación del movimiento que llevó a la huelga general en abril del año pasado. Deberá esforzarse por constituir los comités de resistencia a las reformas antinacionales y antipopulares, así como las alteraciones que traigan retrocesos en las conquistas de los movimientos sociales.

Nuestro llamado al voto nulo tiene un contenido claro: luchar por el combate efectivo, de masas, a las tendencias fascizantes, a partir de sus reivindicaciones, con sus métodos propios de lucha, organización y estrategia propias de poder; defender la independencia de clase ante la conciliación y subordinación de los explotados a sectores de los explotadores, empuñada por el PT; llamar la construcción de un auténtico partido obrero revolucionario.